

mil hombres. A mil y doscientos ascendió la pérdida de los sitiados, contándose entre ellos ciento veinte y dos caballeros de la Orden, que murieron todos en la brecha.

La pérdida mas fatal para los turcos fué la de cuarenta dias que emplearon en la toma de aquella fortaleza, falta grave que influyó, como veremos mas luego, en el resultado, desastroso para ellos, de aquella formidable empresa.

Volvió, pues, Mustafá sus operaciones contra el Burgo, y los dos fuertes que aumentaban su defensa. Antes de emprender el sitio, envió á La Valette un mensaje, intimándole la rendicion con no muy duras condiciones. Mas el gran maestro, á pesar de su amarga pesadumbre por la pérdida y fin lamentable de los defensores de San Telmo, respondió con indignacion á las proposiciones del general turco, é hizo que sus comisionados examinasen de cerca las fortificaciones de la plaza, diciéndoles que sus fosos eran la sola parte que cederia á los turcos, para que les pudiesen servir de sepultura.

Se preparó el gran maestro al recibimiento de los enemigos. Para aumentar la pequeña guarnicion de la plaza, hizo venir cuatro compañías de malteses que ocupaban la Ciudad Notable, y al mismo tiempo le trajo de Sicilia su sobrino Parissot La Valette un refuerzo de cuarenta y seis caballeros, treinta y seis personajes de distincion, y ademas quinientos noventa soldados al mando del maestro de campo Melchor Robles; refuerzo escaso, y que de ningun modo correspondia á las promesas hechas por los príncipes cristianos, y cuya pronta ejecucion reclamaba con voz tan sentida el gran maestro.

A ninguno de los reyes de Europa tocaba mas de cerca el interés de la conservacion de Malta, que al de España. Desde que supo los preparativos de los turcos contra la isla, dió órdenes á los vireyes de Nápoles y Sicilia, para que le auxiliasen con cuantas fuerzas estuviesen á su arbitrio. Animaba el Papa por su parte á los príncipes de Italia, para que concurriesen á la santa em-

presa de librar á la Orden de San Juan de las garras de los turcos. Se aprestaron en Génova algunas galeras, y el duque de Florencia ofreció auxilios. En cuanto al rey de Francia, no se atrevió hacer nada en defensa de la isla, por no irritar á Soliman, con quien tenia grandes relaciones de amistad, como ya llevamos dicho.

Del virey de Sicilia, don García de Toledo, como tan cercano, aguardaba los primeros y mas poderosos auxilios el gran maestro de la Orden. Mas sea porque la escuadra enemiga obstruyese el paso del mar, sea porque inspirase algun recelo el habérselas con tropa tan aguerrida y feroz como la turca, ó por otras dificultades que entorpecen operaciones de esta clase, no partieron los socorros con la oportuna presteza que era deseable. Historiadores hay que atribuyen esta lentitud á torcida política del rey de España, á su poca voluntad de socorrer la isla, ó tal vez á la intencion de aguardar que se hallase en los últimos apuros, para darse de este modo la importancia de su salvador; mas no es creible que se espusiese voluntariamente á tanto riesgo una Orden, que tan útiles servicios prestaba al rey de España. De todos modos es un hecho que don García se mostró en un principio muy remiso; que adolecieron sus operaciones de poca actividad, dando ocasion á quejas y desconfianzas, no solo de su buena fé, sino tambien de la del rey católico; y que á no haberse detenido tanto los turcos delante de San Telmo, á no haber desplegado en lo sucesivo tanta bizarría y heroicidad en la defensa del Burgo y de sus fuertes, hubiese llegado demasiado tarde un socorro con tantas instancias reclamado.

El 8 de mayo desembarcó en Malta don Juan de Cardona, comandante de las galeras de España, dos compañías de infantería española á las órdenes de los capitanes Juan Miranda y Juan de la Cerda. El 27 de junio llevó á Malta el mismo don Juan de Cardona otro socorro, enviado por don García, compuesto de dos compañías de infantería española, y cuarenta caballeros de la Orden.

Mas tuvo grandes dificultades en desembarcar, y despues de haber rodeado las costas de la isla, puso al abrigo de la noche sus tropas en tierra, junto al fuerte de San Miguel, cuando los turcos se habian apoderado ya del de San Telmo.

Mientras se aprestaba en Sicilia una gran expedicion, que aún tardó un mes en hacerse al mar, procedieron los turcos al sitio formal del Burgo y sus fuertes. Llegó á la sazón al campo el famoso Asam, dey de Argel, con veinte y ocho galeras y tres mil turcos, y fué recibido por Mustafá con grandes muestras de alegría. Pidió Asam al general en jefe, que se le encargase la expugnacion del fuerte de San Miguel, y Mustafá se lo concedió gustoso, dándole seis mil turcos, ademas de los tres mil que ya estaban á sus órdenes. Empezó Asam la operacion por mar y tierra, encargando la primera á su segundo Candelisa, en quien depositaba su mayor confianza, y tomando á su cargo la segunda. Fueron ambos ataques tan impetuosos como valientemente rechazados. Por dos veces asaltaron las murallas; otras tantas quedaron los fosos cubiertos de cadáveres. Mientras tanto fueron desbaratadas las trincheras de los sitiadores por los comandadores Giou y Quinzi, enviados por el gran maestro. No desistieron los turcos del empeño, y dieron otro asalto cuando estaban ya las brechas mas practicables, y se iban desmoronando los muros del fuerte por las baterías enemigas. Por esta vez pareció mostrárseles mas favorable la fortuna, y casi ya plantaban sus medias lunas victoriosas encima de los muros; mas redobló el esfuerzo de los defensores, y los turcos cayeron precipitados por aquellas ruinas. Llegó á tanto la confusion y su pavor, que huyeron á sus buques con el mayor desorden, sin que les sirviese de nada un refuerzo de genizaros que les mandó Mustafá, y que fueron igualmente rechazados.

Se irritó el general turco con tanta resistencia, y creció su indignacion cuando llegó á sus oidos que se aprestaba en Sicilia una grande expedicion para auxiliar á los

cristianos. Resolvió, pues, atacar á un tiempo al Burgo y al fuerte de San Miguel, tomando á su cargo la primera expedicion, y encomendando á Piali la segunda. Fueron furiosos los ataques contra el Burgo. Los enemigos llevaban tablas, vergas, palos de sus buques, piedras y otras materias para cegar los fosos de la plaza. Las baterías hacian fuego sin cesar, y para aumentar los medios de destruccion, usaban los enemigos un proyectil, llamado carcassa, que era una especie de pipa ó barrica embreada, y rodeada de materias combustibles que lanzaban sobre los cristianos. Mas hubo muchos de estos tan arrojados, que discurrieron los medios de cogerlas en el aire, y lanzarlas en seguida sobre las filas enemigas. La furia y obstinacion eran recíprocas, y las escenas de destruccion y carnicería tan uniformes, que no ofrecen variedad, por mucho que se esfuerce la imaginacion en crearlas de pura fantasia.

Fué Mustafá muy desgraciado en sus ataques contra el Burgo. Pareció mostrarse mas favorable la fortuna á Piali en la expugnacion del fuerte. Llegaron sus baterías á destruir casi sus murallas. Erigió una especie de plataforma de una altura, superior á la de la misma plaza. Empleó el asalto, y cuando se creyó dueño del fuerte, se halló con un nuevo atrincheramiento, que los defensores habian construido durante la noche, con un foso adelante, que impedia el paso á las tropas del asalto.

Grande era como se vé el denuedo de los caballeros de San Juan, mas cada dia crecian sus apuros; y el socorro tan suspirado no llegaba. Los muros estaban medio derruidos: faltaban las municiones, y los víveres escaseaban hasta el punto de tener que cercenar la racion de agua. Estaban los hospitales y las casas llenas de heridos y de enfermos. Tan triste era el semblante de las cosas, que se propuso seriamente en el consejo abandonar el Burgo y fuerte de San Miguel, y reducir la defensa al fuerte de Sant-Angelo; pero el gran maestro, impertérrito en el seno del Capitulo como se mostraba en medio de los

combates, donde se corria mas riesgo, declaró su resolución de ser fiel hasta el último suspiro al honor y la gloria de la Orden de San Juan, y de permanecer en el Burgo aunque le cupiese la suerte de quedar sepultado en los muros de la plaza. «A qué fin mas glorioso puede aspirar, dijo á sus caballeros, un anciano de setenta y tres años que ha peleado toda su vida en defensa de la fé de Cristo? Trasládemos al castillo de Sant-Angelo, los ornamentos del culto, los vasos sagrados, los efectos mas preciosos; mas abandonar estos muros, será lo mismo que entregar la isla de Malta á los infieles.» No se atrevieron los caballeros á ser de otra opinion que la del gran maestre, y se prepararon de nuevo á todos los azares de aquella lucha encarnizada.

No se hallaba al mismo tiempo en mucho mas feliz situacion el campo turco, escaso de víveres, lleno de enfermos, medio inficionado con tantos cadáveres y el calor tan propio de aquella estacion y de aquel clima. Se hallaba irritado Mustafá con tanta resistencia, con las pérdidas enormes que habia sufrido en los asaltos, y ademas le aquejaba á cada instante la idea del poderoso refuerzo que aguardaban los cristianos. Algunos de los suyos opinaron porque se levantase el sitio; mas el general en jefe que no ignoraba la resolución y el carácter feroz de Soliman, declaró que primero pereceria delante de los muros que abandonar una expugnacion que su señor le habia ordenado.

Determinó pues probar de nuevo la fortuna, repitiendo los ataques á la plaza. El 7 de agosto dieron un asalto; pero cuando estaba en su estado mas recio la pelea, llegó á los turcos la noticia del desembarco del socorro. Percibieron los cristianos que sus enemigos alojaban y al fin se retiraban del combate, mas aunque no sabian la causa, se aprovecharon de esta circunstancia, y los persiguieron hasta las trincheras.

No era cierta la noticia del desembarco de las tropas. Aprovechó este retardo Mustafá para renovar el asalto

que tuvo lugar el 13 de agosto. Ya sabia el gran maestre la salida de la expedicion de Sicilia, ó tal vez ignorándola, la comunicó á los caballeros á fin de que resistiesen denodados un asalto que probablemente seria el último. Duró la pelea cuatro horas con los mismos resultados que los anteriores. Ni el fuego de las baterías, ni la furia de tantas huestes como acudieron al asalto, pudieron contrastar al denuedo heroico de los defensores. Corrió la sangre como siempre, se llenaron los fosos de cadáveres. Al recogerse los turcos á su campo, supieron la noticia fatal para ellos, sin que les pudiese quedar la menor duda. Acababa de desembarcar la expedicion que enviaba de Sicilia don García.

Para hacer este refuerzo de mas eficacia, habia mandado construir el virey cien galeras y dispuesto que se cargasen las setenta mas ligeras de víveres y municiones. Embarcó en ellas doscientos cuarenta caballeros de la Orden de San Juan, doscientas personas de distincion de todas naciones, seis mil españoles, tres mil italianos, y mil quinientos aventureros, mandados todos por don Alvaro de Sande. Eran sus maestros de campo Ascanio de la Corgne, Vicente Vitelli, don Sancho de Londoño y don Alonso de Bracamonte. No quiso destino ninguno en la expedicion el marqués Chiapino Vitelli por estar nombrado maestre de campo general el primero de los cuatro ya dichos; mas fueron de mucha utilidad sus consejos por ser un jefe de capacidad y de experiencia.

Se habia dudado antes de salir la expedicion si seria mas conveniente atacar los turcos por mar, ó desembarcar la gente para que por tierra los buscasen. Prevalció la segunda idea, pues de ese modo seria el auxilio de mucha mas eficacia para los sitiados. Tres dias estuvo en el mar la expedicion, no encontrando un sitio seguro para echar la gente á tierra sin ser molestados por la escuadra turca. Lo verificaron, en fin, al abrigo de la noche. El gran maestre sabedor ya de la salida de la expedicion, recibió la noticia de su desembarco con la

alegría que puede imaginarse. La guarnicion y habitantes la celebraron con gritos de entusiasmo, y ya ciertos de su salvacion, olvidaron sus padeceres y desastres.

Sobrecogidos los turcos con la llegada de las tropas auxiliares, levantaron el campo con precipitacion, y habiendo recogido las tropas que guarnecian á San Telmo, se refugiaron todos á la escuadra. Despues que estuvieron embarcados, celebró Mustafá otro consejo de guerra sobre el partido que se debia tomar en aquellas circunstancias. Opinaron algunos por el abandono de la isla y regreso á Constantinopla de la armada. Mas el general turco lleno de rabia y vergüenza, temblando á la idea de presentarse vencido ante los ojos del Sultán, determinó volver á desembarcar diez y seis mil hombres de sus mejores tropas, con las que marchó en busca de las españolas. Salieron estas animosas al encuentro; mas los turcos sobrecogidos de terror al primer choque, arrojaron las armas, volviendo en desórden á la escuadra que se dió á la vela el 18 de octubre, tomando el camino de Constantinopla.

Tal fué el desquite glorioso que la Orden de San Juan tomó de las calamidades y desgracias que Soliman II la hizo sufrir cuarenta y tres años antes, cuando la pérdida de Rodas. Despues de un sitio de cuatro meses con formidables fuerzas por tierra y mar, en que con tanta ferocidad pusieron en juego los turcos todas las artes de destruccion conocidas en la guerra; en que subieron tan frecuentemente y con tan rabiosa sed de destruccion á los asaltos, tuvieron que anunciar al Gran Señor que no era ya invencible. Falleció el Sultán el año siguiente, despues de uno de los reinados mas largos y gloriosos que se cuentan en los anales del imperio turco. De su muerte data la decadencia, tanto por tierra como por mar, de un estado que amenazaba la independendencia de la cristiandad entera.

Ascendió á veinte mil hombres la pérdida de los turcos delante del Burgo, que tomó el nombre de ciudad vic-

toriosa, del castillo de Sant-Angelo y del fuerte de San Miguel. La de los sitiados consistió en doscientos caballeros, tres mil soldados casi todos malteses, y seis mil ancianos, mujeres y niños.

Para comprender esta última pérdida hay que tener presente que habia dispuesto el gran maestre fuesen conducidos á Sicilia los que no se hallasen en estado de llevar las armas, mas no pudo realizarse esta orden por la premura del tiempo, habiendo solo partido algunas familias que no quisieron arriesgarse. A la aparicion de los turcos, sobrecogidos los habitantes del campo de terror, huyeron con sus ganados y lo que tenian de mas precioso, buscando un refugio en el Burgo, La Sangle y la ciudad Notable; mas fueron degollados antes de llegar un número considerable. Otros que se refugiaron en cuevas, fueron descubiertos y tuvieron igual suerte. Los que pudieron llegar á dichos puntos en número de veinte y cuatro mil personas, sintieron muy pronto los rigores del hambre; mas el gran maestre acudió á su necesidad distribuyendo trigo al precio corriente á diez y siete mil fugitivos que podian pagarlo, y gratis á los siete mil restantes.

No puede la historia tributar bastantes elogios al gran maestre de la orden de San Juan, á sus valientes caballeros, á las tropas que combatieron á sus órdenes, á la decision y heroismo de la poblacion maltesa durante este asedio célebre. Timidos estos al principio, poco familiarizados con el uso de las armas, se hicieron muy pronto á ellas, distinguiéndose no solo en las salidas, sino tambien en las murallas. Los ancianos, las mujeres y los niños, se empleaban con ardor en los trabajos de las fortificaciones, seguian á los combatientes á la brecha, retiraban los muertos, aliviaban y consolaban á los heridos, llevaban á todas partes refrescos, cargaban las armas, hacian llover sobre los enemigos un granizo de piedras, de materias inflamadas, y contribuian por cuantos medios les eran posibles al buen éxito de esta lucha memorable.

Fué celebrada en la cristiandad entera la defensa heroica de Malta, y sabida con regocijo y entusiasmo la retirada de los turcos. De todas partes recibió el granmaestre solemnes felicitaciones, distinguiéndose en esto el pontífice, y el rey de España. Presentó el embajador de este monarca una espada y una cimitarra con el puño de oro macizo guarnecido de diamantes, en testimonio de su amor y su veneracion, ofreciéndole pagar anualmente una cantidad para ayuda del reparo de las fortificaciones arruinadas. Para perpetuar el recuerdo de la salvacion de Malta, mandó el gran maestre que fuese celebrada todos los años en todas las iglesias de la isla el dia del nacimiento de la Virgen; que despues del oficio divino, se leyese á los concurrentes la historia del sitio, y que se casasen y se dotasen seis muchachas pobres á cuenta de la Orden. La fiesta subsiste todavía, mas se suprimieron los dotes que eran de cincuenta escudos (400 reales.)

No perdía un momento La Valette de la idea, la posibilidad de ser atacado de nuevo por los turcos. Se asegura que para ponerse al abrigo de una nueva invasion fué autor del incendio del arsenal de Constantinopla que tuvo lugar en aquel tiempo; mas cualquiera que haya sido esta cooperacion, apeló La Valette á medios mas seguros y mas positivos. Apenas se alejaron los turcos, hizo destruir sus fortificaciones delante del Burgo, de San Miguel y de San Telmo, construir de nuevo las murallas de este último fuerte que estaban derribadas, y formar nuevos accopios de víveres y de municiones. Mas todos estos preparativos y aun el incendio del arsenal de Constantinopla hubiesen sido insuficientes contra la nueva tempestad que amenazaba, si no la hubiese conjurado de una vez y para siempre haciendo de Malta una plaza inexpugnable.

Ya desde el establecimiento en Malta de la Orden se habia pensado en construir una ciudad fortificada sobre el monte Sceberras que separa el Puerto Grande del de Maria Mussel. Se habia levantado y arreglado el plano por los ingenieros mas hábiles, bajo los diferentes grandes

maestres que se sucedieron; mas cupo lagloria de ponerle en ejecucion á Juan de La Valette. Agotado el tesoro, contrajo en Sicilia un empréstito de treinta mil escudos; hizo acuñar moneda de cobre, é impuso nuevas contribuciones sobre los malteses; mas nada de esto se encontraba suficiente. Se dirigió el gran maestre á todos los príncipes de la cristiandad, haciéndoles ver la importancia de la empresa, y de los mas, incluso el rey de Francia, recibió socorros muy considerables. Dió Felipe II noventa mil ducados; el rey de Portugal, don Sebastian, treinta mil cruzados, y la Sicilia envió veinte y dos mil ducados, habiendo impuesto un diezmo sobre los bienes eclesiásticos. El Papa envió ademas de dinero setecientos obreros pagados de su cuenta. La mayor parte de los miembros de la Orden se despojaron de sus bienes y hasta de los objetos de mas valor, cuyo importe entregaron al tesoro. Los habitantes todos de la isla, sin perdonar edad ni sexo, se emplearon voluntariamente en la construccion de una ciudad que iba á asegurar su defensa, aumentar su comercio, y llegar á ser el depósito de sus riquezas. Un año solo bastó para poner en estado de defensa la ciudad que tomó al principio el nombre de *Humillísima*, y despues el de *La Valette*, que conserva hoy dia. Mas el gran maestre no vió el fin de su trabajo, habiendo fallecido abrumado de fatigas y cuidados en agosto de 1568.

Juan de La Valette fué un grande hombre, y su memoria será célebre. Desde su defensa de Malta no cuenta la Orden de san Juan un hecho de armas tan glorioso. De este sitio data la decadencia de una institucion que cada dia se iba haciendo menos necesaria. Sin embargo conservó su brillo en el resto de aquel siglo, en el siguiente, y aun muy entrado ya el diez ocho. Lo que á la terminacion de este llegó á ser, no hay necesidad de indicarlo, recordando que en nuestros dias, aquella ciudad de La Valette, aquella primera fortificacion del mundo, cayó sin la mas pequeña resistencia en poder de Bonaparte,

cuando marchaba á la conquista del Egipto. Mas el nombre de Malta ha sobrevivido á la Orden de san Juan, y ocupa todavia en el mapa militar y político de Europa un puesto distinguido.

CAPITULO XXXII.

Guerra de los moriscos de Granada.--Capitulaciones cuando la toma de esta ciudad por los reyes católicos.--Primer arzobispo.--Conversiones.--Alborotos.--Decreto para que abracen la fé cristiana los moriscos.--Todos cristianos.--Acusaciones de su falta de sinceridad.--Nuevas exigencias de la corte.--Nuevos disgustos.--Reclamaciones de los moriscos.--Desoidas.--Tentativa para alzar á los del Albaycin.--Alzamiento de las taas de las Alpujarras.--Excesos y crueldades de los sublevados.--Nombran por su rey á Aben-Humeva.--Sale el marqués de Mondejar de Granada para combatir á los alzados.--Varios encuentros suyos con los moriscos, favorables á las armas castellanas.--Entra en las Alpujarras.--Se apodera de la torre de Orgiva --Pasa el marqués de los Velez desde Murcia al reino de Granada.--Recibe autorizacion para ello del rey.--Varios encuentros suyos con los moriscos.--Los vence.--Sigue la guerra con sucesos varios.--Diversidad de pareceres entre el marqués de los Velez y el de Mondejar.--Resuelve el rey enviar por capitán general de Granada á su hermano D. Juan de Austria (1).

1568—1569.

Vamos á trazar el bosquejo de otra guerra, que si no de un carácter puramente religioso, se rozaba con hábitos, con costumbres, y en gran manera, con creencias. Parece fatalidad del siglo XVI, el que cuantas cuestiones se debatían con las armas en la mano, tuvieron, con po-

(1) Don Diego Hurtado de Mendoza y Luis Marmol Carvajal, son los historiadores principales de esta guerra, y los dignos de mas crédito, por haber sido ambos testigos oculares.—La produccion del primero, intitulada: *Guerra de Granada*, pasa por una de nuestras galas literarias. En la del segundo, conocida con el nombre de *Historia del rebelion, y castigo de los moriscos del reino de Granada*, hay mas abundancia de materias, aunque no presentadas con la gravedad elegante de Mendoza. Ambos han sido nuestros principales guías, tanto en este artículo, como en el siguiente.

cas escepciones, un carácter mixto de sagradas y profanas. Católicos contra protestantes; cristianos contra mahometanos; en todas figuraban, á par de los intereses de un príncipe ó nacion, los dogmas de su Iglesia.

La guerra de los moriscos de Granada, no fué menos fecunda que las otras en animosidad, en encarnizamiento, en efusion de sangre y todo género de horrores. Es uno de los episodios mas curiosos, al mismo tiempo que lamentables, de un reinado que tantos títulos ha adquirido de ser célebre.

Los términos de la capitulacion, por la que los reyes católicos tomaron posesion de la plaza de Granada, fueron todos honoríficos y humanos para los vencidos. Nada prueba tanto la resistencia tenaz que los moros opusieron, y sobre todo, el gran deseo que tenían los reyes de Castilla y de Aragon, de añadir á su corona tan magnífica conquista. Por uno de estos artículos, recibían los reyes por sus vasallos y súbditos naturales, y bajo de su palabra, «seguro y amparo real, desde el rey hasta el último habitante de Granada; de las fortalezas, villas y lugares de su tierra; dejándoles sus casas, haciendas, heredades, sin consentir que les hiciesen mal ni daño, ni quitándoles sus bienes, ni sus haciendas, ni parte de ello, antes bien acatándolos, honrándolos y respetándolos como por sus súbditos y vasallos, como lo eran todos los que vivían bajo su gobierno y mando.»

Por otro artículo prometían SS. AA. y sus sucesores, «dejar vivir para siempre al rey y á todos los demas grandes y chicos en su ley, sin consentir que les quitasen sus mezquitas ni sus torres, ni los almoedanes, ni les tocasen en los hálices y rentas que tenían para ellas, ni les perturbasen los usos y costumbres en que estaban.»

No es posible concebir un artículo en términos mas expresos y mas positivos. Sin embargo, fué su ejecucion origen de disturbios y calamidades, que duraron casi un siglo.

Erigeron los reyes católicos en Granada una Silla ar-